

La Ilustración Artística



AÑO XXXIV

BARCELONA 5 DE JULIO DE 1915

NÚM. 1.749



RETRATO DE LA CONDESA S., pintado por Federico Augusto de Kaulbach

(Exposición de Bellas Artes de Múnich. 1914.)

SUMARIO

Texto. — De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *El refajo*, por José A. Luengo. — *La guerra europea*. — Madrid. *Exposición Nacional de Bellas Artes*. 1915. — *La roca del hombre muerto* (novela ilustrada; continuación). — *Actualidades barcelonesas*. — «Aplec» valencianista celebrado en el monasterio del Puig (Valencia).

Grabados. — *Retrato de la condesa S.*, pintado por Federico Augusto de Kaulbach. — Dibujo de Mas y Fondevila, ilustración al cuento *El refajo*. — *Sedución; Deleite*, cuadros de Rogelio López. — *Retrato del Excmo. Sr. D. Francisco Pinto de Souza; Jesús; Retrato de la señora de Pinto de Souza*, por R. Escardó. — *La guerra europea. El avance de los austro-alemanes en Galicia*. — *El teniente general Pablo Knusssl*. — *En Galicia*. — *En la región de Arrás*. — *En la región de los Vosgos*. — *Una batería de artillería inglesa en acción*, dibujo de Matania. — *El celebrado escultor Mateo Inurria*. — *Retrato de la señorita de Montoya*, modelado por Mateo Inurria. — *Retrato* pintado por Marcelino Santa María. — *Retrato* pintado por Ceferino Palencia Alvarez-Tubau. — *La capilla del Cristo de la Misericordia de los duques de Osuna*, cuadro de José Cruz Herrera. — *Barcelona. Concurso hípico*. — *Carteles originales de D. Francisco Gall y don Roberto Carles*. — *Colocación de la primera piedra del nuevo templo dedicado a San José Oriol*. — «Aplec» valencianista celebrado en el monasterio del Puig (Valencia).

DE BARCELONA. — CRÓNICAS FUGACES

Las preocupaciones de la guerra y su repercusión sobre los asuntos interiores de España nos han distraído en las pasadas crónicas, llevando nuestra atención en sentido de una actualidad que, poco a poco, va convirtiéndose en pesadilla. Primero vivir y después filosofar, decían los antiguos. Y así nos acontece ahora, aun dejando en olvido cosas y fechas tan importantes, por ejemplo, como la entrada en la Biblioteca de Cataluña, de la magnífica colección cervantina de D. Isidro Bonsoms y la creación del magnífico premio quinquenal que lleva también el nombre del ilustre bibliófilo.

Por este acto de patriótica liberalidad el Sr. Bonsoms ha vinculado en Barcelona el primer acopio de libros reunido hasta el presente en torno de la vida de Miguel de Cervantes, entregando definitivamente al libre usufructo de los investigadores un tesoro formado a copia de años, de desembolsos, de pericia insuperada, de esfuerzos continuados, de viajes y de correspondencia asidua con los más famosos libreros y aficionados del orbe. En virtud de este donativo, Barcelona se ha puesto a la cabeza de todas las demás poblaciones de España y del mundo, como centro de los estudios cervánticos, en forma tal que ya no será posible emprender un trabajo importante relacionado con ellos sin pasar por aquí y hasta sin tomar por base la colección cedida a la Biblioteca del Instituto de Estudios Catalanes. El valor espiritual y el valor material o monetario del regio presente, conceden a nuestra ciudad una primacía indisputable en el orden de las conmemoraciones póstumas dedicadas al inmenso escritor de Alcalá y no dudo que, después de su centenario, esa biblioteca y ese premio descollarán como lo más fuerte y duradero que haya salido de la iniciativa nacional, privada o pública.

**

Con ese acervo de libros en el cual se reúnen, desde las ediciones príncipe de las obras de Cervantes, todas o poco menos que todas las conocidas hasta la fecha, en su lengua original o en sus traducciones a los idiomas extranjeros, con más la bibliografía crítica y biográfica del autor y cuanto opúsculo y cuanto volumen, español o de fuera, tratan de la producción literaria, de la vida particular, de la influencia ejercida o la admiración despertada por el creador del *Quijote*; con todo eso y el premio de 10.000 pesetas y el accésit de 2.500 destinados, cada cinco años, a premiar trabajos de profunda investigación o nuevo estudio de ese portentoso de hombres y de artistas, se ha levantado en Barcelona un gran monumento, un glorioso monumento, al primero de los españoles en el orden de la inmortalidad, no sin cierto resabio de paradoja dadas las prevenciones existentes fuera de Cataluña acerca de la cultura catalana y de sus objetivos.

Sorprende, en efecto, a primera vista, que la primera fundación en grande de recompensas periódicas de dicha índole recaiga sobre un asunto no catalán y aun sobre el más señalado representante de la espiritualidad de Castilla, rival de la nuestra y más

afortunada en la historia, como que consiguió eclipsarla casi por completo durante dos o tres siglos. Y ahora, después de media centuria de renacimiento penoso, luchando con todos los obstáculos y todas las prevenciones, con su propia tradición interrumpida y rota, con la tradición castellana sostenida y potente; ahora, repito, y en el seno de la institución destinada a impulsar y regular aquel renacimiento, surge y arraiga un proyecto de tal magnitud, aunque excéntrico en cierto modo a los fines directos del Instituto...

Eso podría creerse, de considerar superficialmente la cuestión. Pero, examinada más a fondo, toma otro cariz y demuestra que nada hay tan inexacto como el supuesto exclusivismo de que se nos acusa con frecuencia. El renacimiento de la cultura catalana ha debido atender de una manera objetiva a llenar infinidad de lagunas dejadas por la oficial, basada en la ficción de que España se reduce a uno solo de sus componentes. En ese empeño estaba comprometida la piedad patriótica y de ese empeño naturalísimo ha querido deducirse una aversión contra el resto de las manifestaciones hispánicas. No se ha hecho más que cumplir una función supletoria de la omisión del Estado e integrar la realidad del pasado y el presente de la Península con las porciones arbitrariamente substraídas al estudio y a la dignidad de la ciencia.

Pero así como se ha atendido al pasado y al presente de Cataluña en cuanto son materia de conocimiento, no se ha atendido menos a la capacidad de las nuevas generaciones como sujeto de ese mismo conocimiento, como agente vital de la cultura, comprendiendo que tan necesario es inventariar, conocer y medir lo propio como adiestrar y estimular las inteligencias en sentido universal y desinteresado. Y el acuerdo de la Diputación de Barcelona aceptando para el Instituto el proyecto y donativo del Sr. Bonsoms, consagra ese doble punto de vista, ese doble objetivo de cultivar a la vez la materia del conocimiento y el conocimiento en sí, Cataluña como asunto de investigación científica y las nuevas generaciones catalanas como instrumentos activos de investigación universal.

**

Además: Barcelona ha sido en todo tiempo un foco de cervantismo. Son innumerables las ediciones del *Quijote* y de los demás libros del incomparable manco que han salido de nuestras imprentas y de las demás de Cataluña. Aquí se han formado colecciones tan importantes como la de Andreu, incorporada después a la del mismo Sr. Bonsoms y se han publicado trabajos tan interesantes y robustos como la *Bibliografía* del primero. Aquí han florecido iniciativas como la de López Fabra y comentaristas tan fogosos como Pi y Molist. Aquí, en pleno renacimiento, se han llevado a término distintas traducciones catalanas de la obra maestra de Cervantes y este nombre no ha encontrado jamás otra cosa que veneración, gratitud y afecto, en justa correspondencia, deliberada o instintiva, consciente o inconsciente, al afecto y magnanimidad del escritor siempre que puso su pluma en asuntos que nos concierne.

Cervantes ha sido el más humano de los escritores castellanos, y uno de los que más lejos han llevado en el mundo ese sentimiento de la humanidad. La simpatía es su atributo, considerada en el aspecto pasivo y como virtualidad activa. Simpatiza Cervantes con un sin número de modalidades y formas de la existencia y es simpático a la inmensa mayoría de espíritus. Por eso su obra está dotada de un extraordinario poder de consolación y constituye uno de los frutos más regalados y suaves que la esencia del cristianismo, esto es, la resignación y la misericordia hayan producido sobre la tierra.

**

Así, Cataluña tiene que agradecerle algo más que los elogios expresos de que abundan sus páginas y ese algo es la íntima comprensión de lo ajeno y de lo vario con que sabía entrar en el alma de las cosas y fundirse con ellas, libre de esa rigidez y monotonía de otros grandes escritores de su raza — Quevedo, por ejemplo — inhábiles, si no impotentes, para concebir y apreciar cuanto cae fuera de sus prejuicios nacionales y de su estructura psicológica. Inapreciables son los piropos, tan citados y tan sabidos del *Quijote*, de *Las dos doncellas*, del *Persiles*, y apreciados fueron casi inmediatamente después de escritos. Baste decir que cuando la guerra de los segadores, en 1640, invocábanlos ya los panegiristas de Cataluña en su polémica con los defensores de la

política de Olivares y oponíanlos como una ejecutoria inatacable y suprema a los dictados del rencor y la injusticia, fundando con ello una tradición que perdura actualmente y que se repite cuantas veces se renueva el trágico y secular debate.

Pero más que estas expresas concesiones de su benevolencia y generosidad halagan en el fondo otras muestras de su intuición genial y poderosa que revelan con menos artificio y rimbombancia su manera de sentir enfrente de las diversidades de gentes, de reinos, de idiomas, de costumbres y de regímenes que formaban en su tiempo la vasta monarquía. Vivió Cervantes hasta muy entrado el siglo XVII y vió transcurrir todo el reinado de Felipe II y buena porción del de Felipe III. En ningún sentido puede considerarse como un retrasado o inactual respecto de su época habiendo, por el contrario, asumido un valor de eternidad y de universalidad que contrasta con lo limitado y local de muchos y muy eminentes contemporáneos suyos. Y, sin embargo de estas innegables condiciones, su espíritu, sus preferencias, el mismo reflejo y visión de España que llevaba en el alma y en los ojos, se ajustan más a la España heroica de Carlos V, a la España de hierro, recién unida bajo la mano del emperador y conservando todavía el impulso inicial de sus coronas y reinos confederados, que a la otra España de justillo y espadín muy pronto en decadencia y cada vez más debilitada a pesar de su mayor uniformidad aparente.

No; no parece haber sido el lema de Cervantes, como el del poeta cesarista «una ley, un imperio y una espada». Él estaba, por el contrario, muy bien avenido con la diversidad, riqueza de la imaginación y de los sentidos, con la complejidad de caracteres y estatutos políticos, hijos de la profunda y secular constitución española. Le parecía muy bien que los portugueses escribieran en su lengua y los catalanes en la suya y aun aconsejaba a los vizcaínos que les imitasen. Nada le era repulsivo a título de diverso o no acostumbrado por su nación, antes bien lo exótico y diferente constituía un atractivo irresistible para su inteligencia insaciable de formas y de manifestaciones vitales. Todo cabía en su pecho magnánimo y en su imaginación refulgente y clara como un espejo, el mayor espejo que haya retenido nunca la imagen de un país hasta hacer de ella también la mayor imagen o panorama nacional que haya sido llevado nunca a los dominios del arte...

**

Por todo esto merece y ha merecido Cervantes sobre todos los demás ingenios del mundo, el culto reflexivo o instintivo, pero siempre excepcional, de los catalanes y por esto se han dispuesto providencialmente las cosas para que la primera gran fundación vinculada en el Instituto de Cataluña recayera sobre Cervantes y su gloria. He aquí el monumento, el gran monumento espiritual levantado en su honor, pero que necesita su complemento material en la vía pública. Acontece con esto de los monumentos o estatuas, cuando se trata de glorificaciones tan puras e indiscutibles como la presente, que se hacen precisas hasta como defensa y recurso eliminatorio, para suprimir otra, para impedir una usurpación más, para impedir que ocupen su puesto figuras pasajeras y deleznales, cuando no la vanidad burocrática que se galardona a sí misma, monopolizando la fama póstuma de idéntica manera que monopolizó el presupuesto.

Un monumento material a Cervantes hace falta en Barcelona y es una deuda de honor que nuestra ciudad magnífica tiene contraída con el Príncipe de los ingenios españoles: un monumento que en grandeza, en belleza sobria, en sencillez elocuente, corresponda al espléndido rasgo de D. Isidro Bonsoms y diga a todos los tiempos y a todos los hombres que el pueblo que quiebra el cetro de los tiranos y resiste a la usurpación hasta vencer o morir, es el mismo que teje la mayor corona y levanta el más alto pedestal a sus bienhechores desinteresados y humildes de corazón como Cervantes, nombre que no viene manchado por ningún recuerdo de discordia, por ninguna predicación insana, por ningún vestigio de odio, de sangre, de incendio, de desolación; por ninguna de aquellas abominaciones y ferocidades, en suma, que tomando nombre de política o de gloria y heroísmo, estremecen a menudo a los hombres y vez de conmooverlos suavemente y reconciliarlos con su destino y con su linaje. Como un maravilloso alambique destiló de la escoria una esencia balsámica y convirtió su infortunio, sus lágrimas y sus adversidades en perenne consuelo y regocijo de los afligidos.

MIGUEL S. OLIVER.

EL REFAJO, POR JOSÉ A. LUENGO, dibujo de Mas y Fondevila



Ya iba por medio de la calle cuando la Paula la llamó

La tía Mónica era la mendiga más conocida de Villaquieta. Tenía los ojos hundidos, los cabellos escasos y blancos, la faz renegrida, la nariz de aguilucho y la boca con un diente temblón y amarillo a la entrada, diente que era como un espectro que velara a la puerta de su antro. Ayudábase en su lento andar con una cayada de retorcido puño, y cuando se detenía en alguna esquina para implorar la caridad de las buenas almas, lo hacía apoyando en el suelo la cayada y en ésta las nudosas y flacas manos y en las manos la barbilla puntiaguda, bajo la cual se anudaba su pañuelo negro. Éste, con sus picos sueltos al aire, daba la sensación de un pajarillo que,

en el espasmo de la muerte, agonizaba bajo la presión asfixiante del maxilar.

La tía Mónica vivía en una casucha con *deshonores* de choza y sin más luz que la que le entraba por la carcomida puerta de la calle. Pertenecía ésta a los arrabales de la población. Nació en una solitaria plazuela, donde campaba un paláción de vieja traza, y moría en el campo lleno de verdes tonos en la primavera, vestido de oro en el estío y poblado de nieblas en los días de invierno. Los rapaces pasaban corriendo por delante de la puerta de la tía Mónica. Si por casualidad la veían zurcir sus andrajos o peinarse al sol, apretaban el paso y volvían una y diez

veces la cabeza, como si recelaran algún mal de la pobre anciana. Ésta, cuando reparaba en ellos, los contemplaba sonriendo y movía los finos y exangües labios, de tal suerte, que parecía rezar por su ventura.

En la misma calle vivían dos sobrinas de la mendiga llamadas Paula y Rufa. Iban a verla de cuando en cuando.

— ¿No le dan a usted nada?, decíanle algunas vecinas amigas del chismorreó.

— Si me dan, respondía donosa la tía Mónica. Me dan los buenos días... Ya es algo, ¿verdad?..

Otra sobrina tenía: la Nieves. A veces la tía Mónica

nica, con su pasito torpón, avanzaba y avanzaba hasta llegar al otro extremo del pueblo y se metía en una casita de modesta apariencia. Daba una voz en el patio y unos golpes de cayada sobre las piedras. Al punto ladraba un perro, clarineaba un gallo en el corral vecino y la Nieves, sonriendo, le salía al encuentro con los brazos abiertos.

— ¡Caramba, hermana Mónica! ¿Qué la trae por aquí?..

— ¡Ay, hija!.. El deseo de verte a ti y a tus *mochachos*. ¿Dónde estáis, hijos, que no os siento?

— ¡Antolín! ¡Rafaela!.., gritaba la madre.

Los rapaces salían a todo correr y se lanzaban sobre la vieja, aun a riesgo de arrojarla al suelo. Antolín se apoderaba de la cayada y la convertía en un brioso corcel sobre el cual galopaba por todo el patio, sembrando el pavor entre las malvas reales, las varas de San José y los dondiegos que florecían en los arriates.

Rafaela se colgaba de las faldas de la anciana y ésta, contemplándola con ojos llenos de cariño, le decía:

— *Mochacha*, ¡que me vas a romper el refajo!..

La tía Mónica, cuando visitaba a Nieves, era para estarse en su casa todo el día. A la hora del crepúsculo se despedían.

— Ya me llevo alegría *pa* un mes, exclamaba la vieja. ¡Adiós, Nievecicas! Así fueran la Paula y la Rufa como tú, que entonces *toas* fuéramos unas santas... ¡Adiós, *mochachos*!..

Y los besaba enternecida.

La Nieves le contestaba:

— Yo bien sabe usted que iría a verla de mil amores, pero...

— Sí, ya lo sé... Pero aquellas dos fieras... *Agora mesmo* sabrán ya que estuve aquí, por hacerte compañía *too* el día, y estarán como *dimoños*. Cuando las veo, no sé si será aprensión, pero me *paice* a mí que *güelo* a azufre. Y cuenta que *too* lo perdí, menos el olfato... Perdí la flor de mi hermosura, perdí el donaire de mi persona, perdí las ilusiones de mi alma; pero las narices me crecieron con los años...

Y la viejecilla desaparecía tras de una cercana esquina...

Según el decir de la gente, la tía Mónica guardaba algún dinero. Nadie había que lo hubiese visto, pero todos eran a creerlo.

Obedeciendo a este motivo, la Paula y la Rufa fingían por ella una ternura y una compasión que realmente sólo sentían por aquellas monedas que, privadas de la luz, debían dormir en alguna cárcel lóbrega hasta que la mendiga muriese. La Nieves la quería con un cariño más desinteresado. Empezaba por imaginarse que la tía Mónica no tenía un sólo céntimo y sobre este cimientito asentaba ella sólidamente todas sus atenciones, hijas de su buena voluntad.

A consecuencia de esto la mendiga mostró por ella una gran predilección. La Paula y la Rufa, al advertirlo, creyeron desmoronadas todas sus esperanzas y, en cuanto la veían en casa de la anciana, dieron en la flor de armarle peticiones y cuestiones por un quitame allá esas pajas hasta que poco a poco lograron ahuyentarla. Cuando ya tuvieron el campo por suyo trataron de convencer a la tía Mónica de que si la Nieves no acudía a verla, era porque se le había acabado de repente aquel cariño tan grande que decía tenerla. La tía Mónica, al escucharlas, sonreía y aunque, por no enfurecerlas más, su boca se callaba, el corazón decía, con todas y cada una de sus palpaciones, que el cariño de Nieves era como el sol que, cuando deja de verse, no es porque se apaguen sus resplandores, sino porque otro cuerpo, opaco y siniestro, se atraviesa entre su fulgor y nuestros ojos.

En los pueblos todo se sabe. Paula y Rufa estaban al corriente de las visitas que la tía Mónica hacía a la Nieves. De que tal cosa acontecía, las dos la esperaban y, al verla venir se dirigían hacia ella.

— Ya ha *estao* usted en *ca* la Nieves ¿eh?..

— Ya le habrá *contao* algún lio de nosotras, ¿verdad?..

— No, hijas mías, no...

Y la mendiga clavaba en ellas sus ojuelos pequeños y ratoniles que leían todos los resquemores, to-

— A ti, Rufa, prosiguió la anciana, porque conozco que eres una mujer de tu casa, te dejo *toos* los chirimbolos de mi pobre cuarto. Poco valen, pero en tus manos será como si fueran de oro.

Rufa contempló satisfecha a la anciana. Ésta añadió:

— Y a ti, Nievecicas, porque sé que me tuviste siempre en mucho aprecio a mí y a mis cosas, te dejo en recuerdo la ropa que vestí hasta ayer, tal y como está.

El señor cura se anunció mediante unos golpes de nudillos dados sobre la puerta.

— ¿Qué hay, abuela?, exclamó jovialmente. Pereza, ¿verdad? Enteróse usted de que nevaba y tuvo miedo a la calle, ¿no es así?..

— No, señor cura, sino que me muero sin remedio.

— ¿Quién piensa en eso?

— Yo lo pienso. Blando es el andar de la muerte. Sus calcañares sobre la nieve son como patitas de pájaro sobre el algodón. Y sin embargo, esta noche la oí que venía en mi busca...

La anciana fué confesada y viaticada. A la mitad de la siguiente noche sintieronla lanzar un débil quejido.

— ¡Tía Mónica!.., gritaron.

Ésta acababa de expirar sin dolor, suavemente; como un fuego fatuo que un gnomo apaga de un soplo.

Al otro día por la mañana la enterraron. La nieve habíase trocado en una llovizna pertinaz.

En cuanto el cuerpo salió de la casucha, la Paula y la Rufa comenzaron a trajinar y a disponer de todo. A la Nieves le hicieron un lio con los andrajos que la tía Mónica vistiera y se lo colocaron sobre las rodillas. Comprendió ella que querían que se marchara y así lo hizo. Ya iba por medio de la calle, cuando la Paula la llamó diciéndole:

— ¡Nievecicas! Lo mejor se te quedaba aquí...

Y, despectiva, le tiró el refajo, que fué a caerle encima de los hombros.

La Nieves llegó a su casa. Aquella misma noche pensó en que con el refajo de la tía Mónica podría hacer uno fuerte y de abrigo para su Rafaelica. Colgó el candil de un clavo del humero y a su luz temblona comenzó a descoser varios de los colorinescos remiendos de que el refajo estaba sembrado. Al separar uno amarillo, cayó un papel al suelo.

— ¡Un billete!.., exclamó la Nieves recogiéndolo.

Siguió descosiendo febrilmente y continuaron apareciendo nuevos billetes hasta que entre todos sumaron cuarenta duros, cantidad casi fabulosa para la buena Nieves. Además, en uno de los remiendos, había escondida una esquila, en la que la Nieves, juntando letra tras letra y gastando en ello bastante tiempo, pudo leer lo siguiente:

«Siempre que junté un duro pidiendo más de lo que necesitaba y comiendo menos de lo que era menester, lo hice, no pensando en la Paula y la Rufa que, por su interés y *maldá*, están *dejás* de la mano de Dios, sino acordándome de ti que con tu cariño fuiste el sol que calentó mis últimos años. Por ti me hice urraca. Guardé mis ahorros en este refajo, en la seguridad que tengo de que, al morirme, las otras se llevarán lo que valga algo y *too* lo que sea andrajos y harapos irá a parar a tus manos. Así ocurrirá que *ca* una tendrá lo que se merezca y buena pro os haga. Esta es letra del tío Comino, el cual, por mi mandado, lo escribe.»

Mientras la Nieves leía estas líneas, la Paula y la Rufa, en la casucha de la anciana, luego de revolver todo y de levantar hasta los ladrillos, sin encontrar más que unos misereros reales, comenzaron a sospechar la una de la otra, se recriminaron y acabaron por entablar una lucha homérica. Y el viento, esforzándose por acallar el ruido de sus bárbaras imprecaciones, zumbaba en la chimenea y ésta, con su encrespada melena de heladas hierbas, temblaba al impetu de sus suspiros...



Seducción, cuadro de Rogelio López. (Salón Parés. — De fotografía de F. Serra.)

dos los celos, todas las incertidumbres y todas las miserias de sus almas bajas y ruines.

Andando el tiempo la vieja cayó enferma. Fué una mañana de invierno. Estaba nevando. Azotaba el viento la casucha, y las avejillas piaban desconsoladas tiritando sobre la blanca sábana que, como un sudario, cubría a toda Villaquieta. La Paula y la Rufa fueron a ver a su tía y se la encontraron sentada sobre su cama, con una mano encima de la colcha y con otra pasando las cuentas de un rosario. Indicóles que no la interrumpieran y, cuando concluyó de rezar, les dijo:

— Hijas mías, estoy muy mala. Que venga Nievecicas... Ve tú, Paula, a llamarla *y tan y mientras* avisa tú, Rufa, al señor cura *pa* que me oiga en confesión. Quiero teneros a *toas* tres en mi último día.

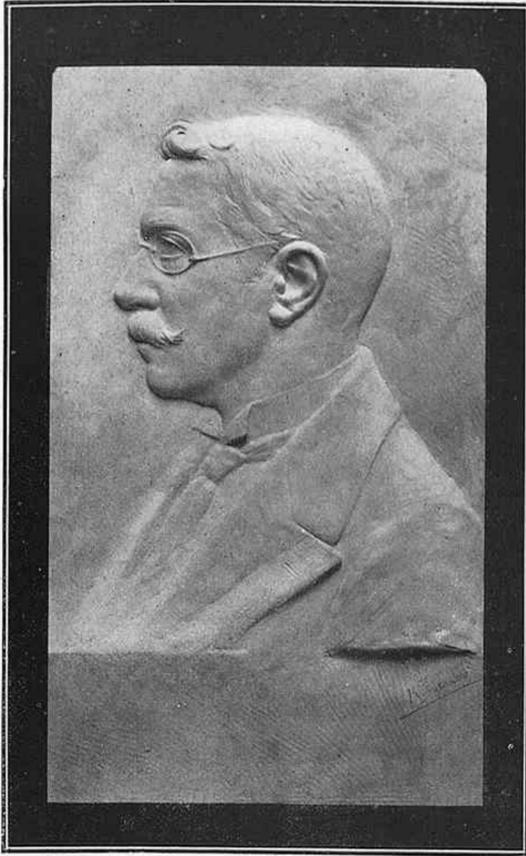
Hicieronlo como la vieja lo mandaba. La Nieves acudió llorando. Ella y la enferma se besuquearon en la frente. La tía Mónica les dijo:

— Antes de que acuda *naide*, quiero hacer las participaciones de mi herencia *pa* que luego no haya cuestiones entre vosotras.

— ¡Entre nosotras!..

— Sí, hijas mías. Los intereses causan muchos disgustos y mas que los míos sean escasos, *entoavía*, al *dimoño* le bastan una mecha y una poca estopa *pa* hacer que estalle un incendio. A ti, Paula, porque sé que *te hace falta* *pa* tu hijo el mayor, te dejo mi cama con *toos* sus ingredientes.

En las pupilas de Paula se transparentó la alegría.



Retrato del Excmo. Sr. D. Francisco Pinto de Souza, por R. Escardó



Jesús, cabeza de estudio modelada por R. Escardó



Retrato de la señora de Pinto de Souza, por R. Escardó

Discípulo y paisano del malogrado Agustín Querol, el Sr. Escardó ha sabido aprovechar las enseñanzas de su ilustre maestro.

Elocuente prueba de ello son las tres preciosas esculturas que en esta página reproducimos. Los dos retratos, finamente modelados, tienen toda la expresión que el bajo relieve permite, y se distinguen por la pureza y la corrección de líneas y por la sobriedad en cuanto a detalles. Fueron ejecutados por el Sr. Escardó en Pernambuco (Brasil), adonde fué para instalar el monumento del eminente pernambucano Dr. Joaquín Nabuco, en parte ejecutado por él.

La hermosa cabeza de Jesús es una obra de alta inspiración y de ejecución admirable. Todo en ella respira esa sublime mezcla de divinidad y humanidad característica del Salvador: esa mirada dulcísima que parece animada por celestial visión; esos labios entreabiertos de los cua-

les diríase que sólo pueden brotar palabras amorosas; esa frente pura, serena, al través de la cual adivinanse los más nobles pensamientos, prestan a esta escultura un indefinible encanto y patentizan el talento y la habilidad del artista tortosino.

En el Salón Parés ha expuesto recientemente algunos de sus cuadros el notable pintor Rogelio López. Por los dos que en esta página y en la anterior reproducimos podrán formarse nuestros lectores idea de lo que vale el artista y del género que cultiva con predilección. Son dos tipos de mujeres a cuál más expresivo; los ojos ardientes, apasionados, tentadores, de la una, y el dulce arrobamiento de la otra, reflejan de una manera acabada dos estados de alma y nos ofrecen dos interesantes momentos psicológicos femeninos.



Deseite, cuadro de Rogelio López. (Salón Parés. - De fotografía de F. Serra.)

LA GUERRA EUROPEA



El avance de los austroalemanes en Galizia. - Construcción de un puente sobre el Wisloka

Continúa activa y relativamente intensa la lucha en el frente francés desde Arrás hasta la Lorena, disputándose ambos contendientes el terreno palmo a palmo dándose con frecuencia el caso de que en breve tiempo se conquiste, se pierda y se reconquiste una posición. La guerra sigue allí siendo en general de trincheras y en ella juega principal papel la artillería; pero también a veces se pelea cuerpo a cuerpo trabándose sangrientos combates con arma blanca y granadas de mano. Veamos lo que dicen los telegramas de los aliados: que los franceses han rechazado ataques o contraataques al Norte de Arrás, en Neuville, en el Laberinto, en los altos del Mosa, en Bagatelle (Argonne) y en la Lorena; que han reconquistado una parte de la trinchera de Calonne (altos del Mosa) y que si bien los alemanes recuperaron la segunda línea, no tardaron en perderla de nuevo; que entre el Aisne y el Oise han tomado el saliente de Quenneviers, cayendo en su poder todo el sistema defensivo de los alemanes en un frente de 1.200 metros; que han realizado nuevos progresos al Oeste del Argonne y en el valle del Fecht (Lorena), habiéndose apoderado de Sondernach y extendido al Este de Metzeral; que los alemanes han recobrado un trozo de trinchera de unos 200 me-

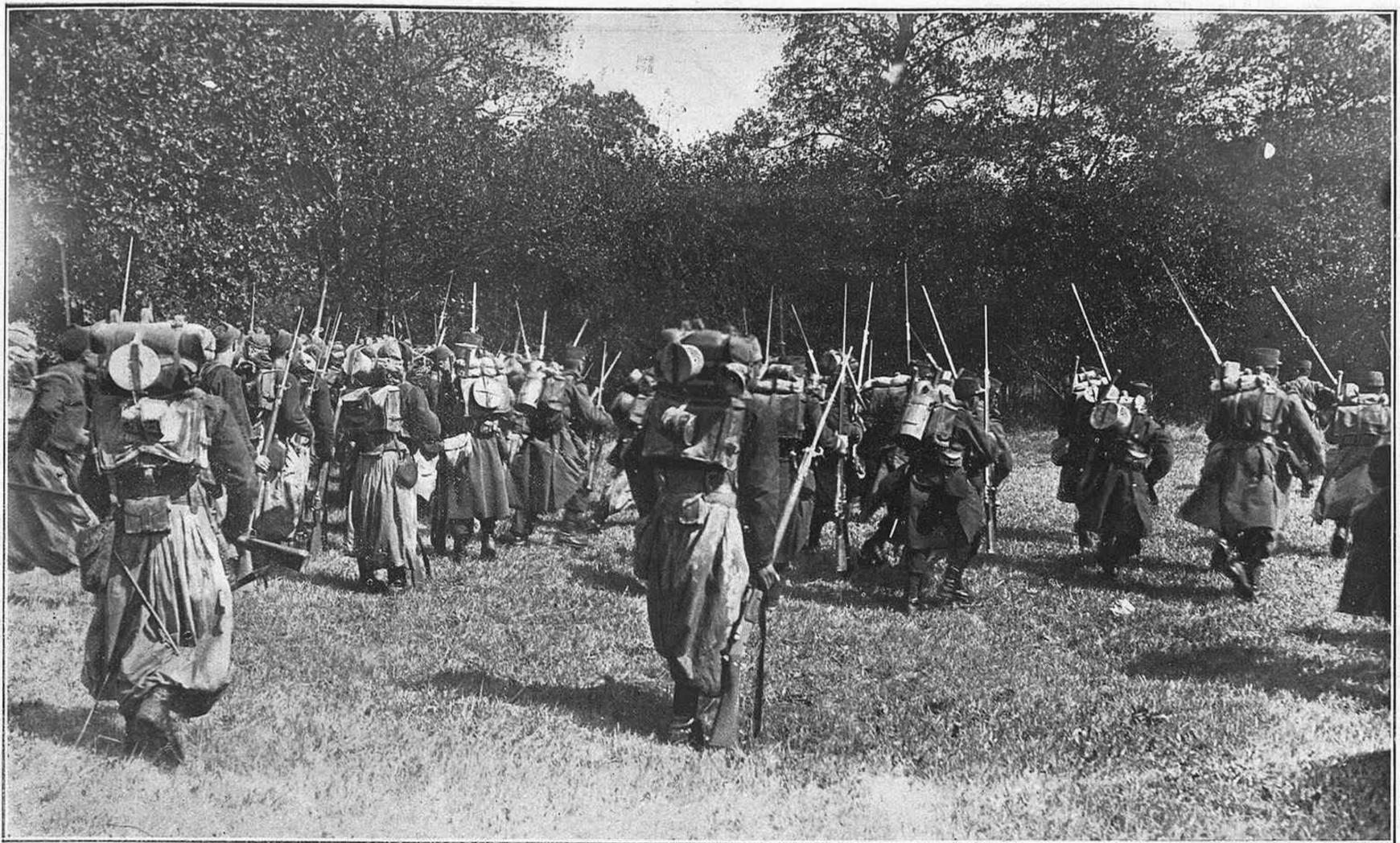
tros al Norte de Souchez, pero que, en cambio, ha fracasado su intento de apoderarse de Arrancourt (Lorena); y que los progresos al Norte de Arrás han sido contenidos por el estado del terreno que las tormentas han puesto impracticable.

Los alemanes dicen que han rechazado los ataques enemigos en la orilla derecha del canal de Dixmude, al Norte de Arrás, a ambos lados de la carretera de Souchez a Aix-Noulette, y en el Laberinto, así como los intentados para recuperar las posiciones perdidas en la región occidental del Argonne y los realizados en los altos del Mosa; que han avanzado al Oeste de Perthes (Champaña); que han reconquistado todas las posiciones al Norte de Souchez y Neuville; que continúan siendo dueños de todas las posiciones del Laberinto; que han tomado una trinchera en la parte occidental del Argonne y una altura en los Vosgos.

En el frente oriental, las principales operaciones han sido, según las noticias de las tropas austroalemanas, las siguientes: después de la toma de Lemberg, los austro-



El teniente general Pablo Kneussl, que al frente de una división bávara asaltó los fuertes septentrionales de Przemysl y entró en aquella plaza el día 3 de junio último, por lo que ha sido recompensado por el emperador Guillermo II de Alemania con la Cruz para el mérito y por el emperador Francisco José I de Austria con la orden de la Corona de hierro de primera clase con condecoración de guerra. - En Galizia: cañones tomados por los austroalemanes a los rusos. Cohetes tomados por los austroalemanes en las trincheras rusas.



En la región de Arrás. - Tropas francesas de refuerzo disimuladas en un bosque y dispuestas a entrar en acción al primer aviso

alemanes, prosiguiendo su persecución contra los rusos, han ocupado sucesivamente Szczerzec, Mikolajow, Zidaczow, Halicz y Zurawno, al Sur de aquella plaza, y al Norte de la misma han tomado importantes posiciones al Nordeste de Rawa Ruska y se han aproximado al paso del río Bug; además han cruzado el río Dniéster por diversos sitios consiguiendo dominar los principales pasos del mismo; entre el Vístula y el Bug se han apoderado de Cestrowien y Sandomerz; y en todas partes han rechazado los ataques de los moscovitas, quienes únicamente al Noroeste de Halicz les obligaron momentáneamente a replegarse hacia la orilla Sur del Dniéster.

El cuartel general ruso da cuenta de la evacuación de Lemberg diciendo que las fuerzas moscovitas abandonaron la ciudad retirándose en toda la línea a nuevo frente, y ampliando esta noticia afirma un telegrama de Londres que los rusos tomaron sus nuevas posiciones defensivas a lo largo de la línea del Bug a unos 40 kilómetros al Este de aquella plaza. El propio cuartel general comunica algunos éxitos parciales en el frente del Vístula, al Sur del Pilica, y en el Dniéster; pero consigna asimismo que en Galizia los rusos, después de una desesperada resistencia, hubieron de abandonar sus posiciones en el frente Bobkra (a 25 kilómetros al Sudeste de Lemberg), Jurawno (sobre el Dniéster y a 50 kilómetros de Bobkra).

En la Carnia, los italianos continúan bombardeando Malborghetto, han rechazado los ataques de los austriacos contra Freikofel, y contra las posiciones de Palgrande y Palpiccolo; y han ocupado la cumbre de Zellenkofel, situada al Norte del paso de Montecroce. En el Isonzo, han completado y reforzado las posiciones que dominan las líneas procedentes de

Plezzo, en la región de Montenero, extendiendo su ocupación hasta las pendientes orientales de Javezek y han rechazado los ataques del enemigo contra las posiciones de Playa, apoderándose de Glubua, población situada al Norte de aquella; y en el Isonzo interior han tomado la meseta que hay entre Sagrado y Monfalcone. Refiriéndose a las operaciones en la región del citado río dice el cuartel general italiano que la acción a lo largo del mismo se desarrolla

ce del enemigo; y que los austriacos conservan las mismas posiciones que al principio de la guerra ocupaban cerca de la frontera.

Muy poco es lo que se sabe respecto del curso de las operaciones en los Dardanelos. La principal ha sido el ataque por los aliados de la línea turca en dos tercios de su longitud, ataque preparado por la artillería y realizado con gran empuje por la infantería que logró adueñarse de varias trincheras enemigas.

A pesar de los violentos contraataques de los turcos, las tropas francoinglesas conservan todas las posiciones conquistadas que les permiten dominar la entrada de un barranco que los turcos defendían obstinadamente desde hace meses.

Las tropas montenegrinas han invadido la Albania y han ocupado Escútari, Alessis y otras poblaciones; esta invasión, que hace tres años provocó las más enérgicas protestas de las grandes potencias y motivó la ocupación de Escútari por una guarnición internacional, preludio de la creación del reino de Albania, de tan efímera existencia, se ha realizado ahora sin protestas.

En el mar del Norte se ha hundido un submarino alemán, habiéndose ahogado toda la tripulación, a excepción del capitán y dos marineros.

Los detalles que se conocen de la travesía efectuada por el submarino alemán U-51 demuestran que el hecho por él realizado constituye una verdadera proeza. Salió de Wilhelmshafen el 25 de abril y llegó a los Dardanelos el 25 de mayo, habiendo pasado, por consiguiente, por el estrecho de Gibraltar y recorrido un trayecto de 9.000 kilómetros. El mismo día de su llegada a los Dardanelos echó a pique al acorazado *Triumph* y dos días después al *Majestic*.



En la región de los Vosgos. - Estación telefónica portátil instalada en el interior de un bosque para el servicio del ejército francés. (De fotografías de M. Branger.)

metódicamente en relación con las dificultades del terreno y la frecuencia de obstáculos artificiales acumulados de antemano por los austriacos; no obstante lo cual, la infantería, apoyada por la artillería pesada y de campaña, adelanta con ahinco.

Las noticias austriacas de aquel teatro de la guerra son muy escasas y se limitan a decir que han sido infructuosos los ataques de los italianos en la frontera de Carintia, que en todos los frentes han fracasado con grandes pérdidas los intentos de avan-



Rectificación del tiro para destruir una batería enemiga que ha sido descubierta por los oficiales encargados de la observación y señalada a los artilleros por medio del teléfono

Mientras la batería hace fuego, el teléfono transmite la orden de rectificar el tiro siguiendo las indicaciones de los observadores que pocos momentos antes han descubierto una posición enemiga. El oficial que ha recibido la orden la transmite en voz alta, y después de haber consultado su mapa y de haberse hecho repetir la indicación del sitio en que la posición enemiga está emplazada, dicta a sus hombres las disposiciones necesarias para que orienten las piezas en la dirección debida.

MADRID. - EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1915



El celebrado escultor Mateo Inurria, que obtuvo el mayor número de votos para la medalla de honor de la actual Exposición Nacional de Bellas Artes, que, sin embargo, no le fué adjudicada por no haber alcanzado los que exige el reglamento.

Continuando nuestra información gráfica de la Exposición Nacional de Bellas Artes de este año, reproducimos en esta página algunas obras de Inurria, Cruz Herrera, Palencia y Santa María.

Mateo Inurria figura con razón entre nuestros mejores escultores y el hecho de haber obtenido el mayor número de votos para la medalla de honor, que no pudo serle adjudicada por no llegar aquél a la cifra que exige el reglamento, demuestra la altísima estimación en que sus propios colegas le tienen. El *Busto de la Srta. de Montoya* por él modelado es una obra de exquisita delicadeza, de una pureza de líneas y de una sobriedad admirables. Además de esta escultura ha presentado en la actual exposición otros dos bustos retratos, un estudio de gitana y dos pequeños desnudos femeninos;



Retrato de la Srta. de Montoya, modelado por Mateo Inurria (De fotografías de Asenjo.)

creación de un Museo en la Escuela especial de Pintura, el de concursos musicales, el de consolidación y reparación de la Alhambra, y la Real orden organizando la publicación del catálogo monumental de España.

rostro, las delicadezas y transparencias que en ella se admiran, la corrección del dibujo, la suavidad de la pincelada, el mismo paisaje que sirve de fondo al hermoso busto, todo tiene un sello aristocrático y un carácter verdaderamente clásico.

En la actual exposición obsérvase una mejor organización que en las anteriores, según indicamos al dar cuenta del acto inaugural de la misma, y esta circunstancia ha contribuído seguramente al buen éxito que ha logrado. Por ello han merecido justos elogios los miembros del Comité ejecutivo y en pri-



Retrato pintado por Ceferino Palencia Alvarez-Tubau premiado con tercera medalla



Retrato pintado por Marceliano Santa María, premiado con varias medallas en anteriores exposiciones

en todas estas obras demuestra su inspiración artística y su asombroso dominio de la técnica.

En el cuadro de Cruz Herrera llaman principalmente la atención los tres monaguillos de rostros inteligentes, picarescos, que contrastan con la severidad de la capilla en cuyo fondo se ve el famoso Cristo, sumido en la sombra. Los cuadros, las flores, los ornamentos y los trajes litúrgicos están perfectamente combinados formando un armonioso conjunto.

El *Retrato de señora*, de Ceferino Palencia Alvarez-Tubau, es de colorido justo y de técnica suelta y amplia; la figura está sólidamente trazada y la negra mantilla, que se destaca vigorosamente sobre el fondo del traje blanco, está artísticamente dispuesta describiendo graciosas líneas en torno del rostro y del cuerpo.

El otro *Retrato de señora* que reproducimos es del celebrado pintor Marceliano Santa María; es una obra admirablemente pintada, modelo de elegancia y distinción y de una factura que recuerda la de los más afamados retratistas. La actitud en que la figura está colocada, la expresión de su



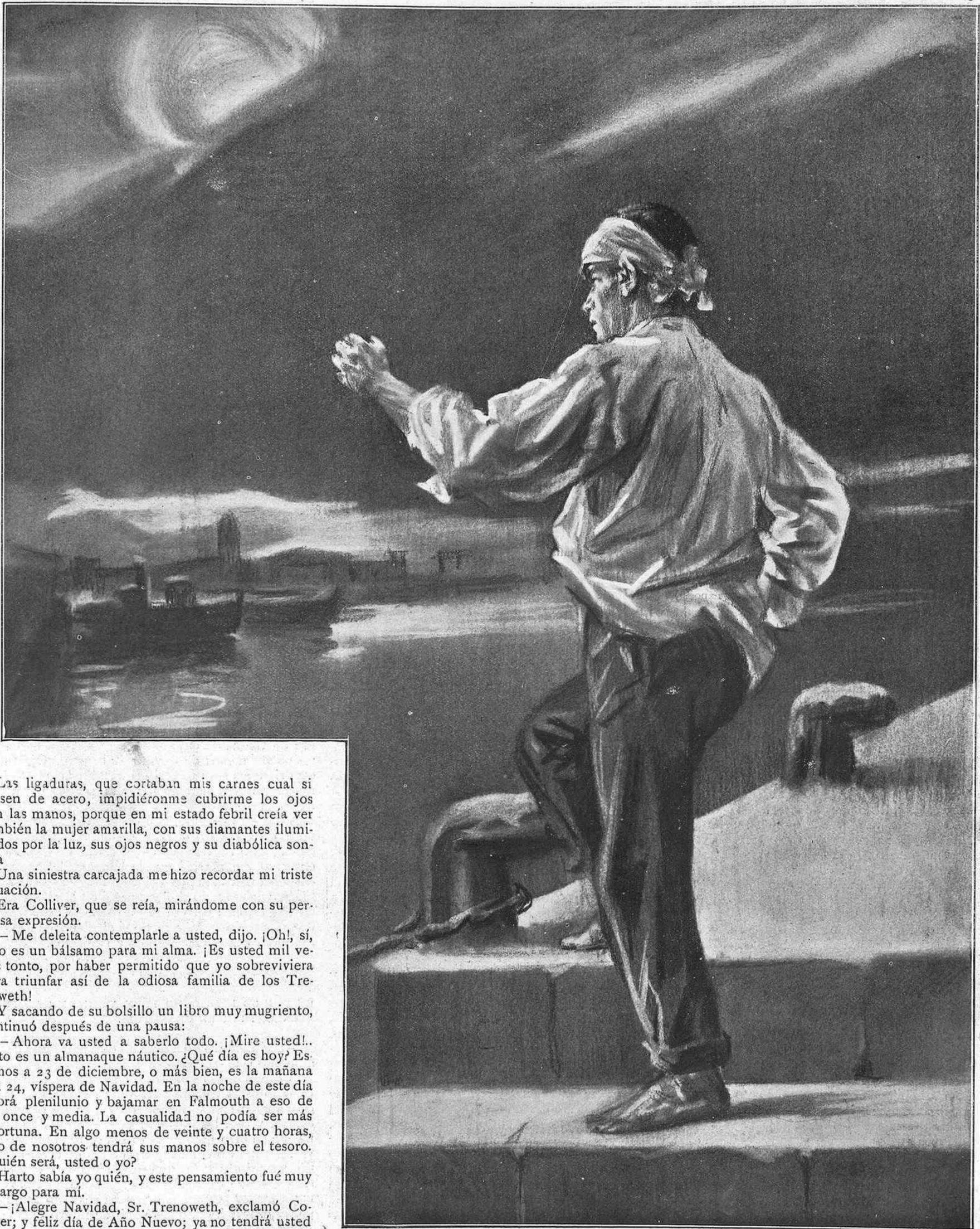
La capilla del Cristo de la Misericordia de los duques de Osuna, cuadro de José Cruz Herrera premiado con tercera medalla. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

mer término su presidente, el inteligente y activo director de Bellas Artes, D. Pedro Fogio, quien, en el escaso tiempo que lleva al frente de la Dirección, ha realizado una provechosa obra en favor del arte nacional. Partes integrantes de esta obra son el nuevo Reglamento de la Exposición, el decreto reorganizando el Museo de Arte Moderno, el de

fu
c
ta
n
r
s
v
e
c
p
m
c
I
ta
d
h
la
o
u
d
a
ll
e
u
i
p
d

LA ROCA DEL HOMBRE MUERTO

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR Q. - ILUSTRACIONES DE VICENTE CARRERES. (CONTINUACIÓN.)



Las ligaduras, que cortaban mis carnes cual si fuesen de acero, impidieronme cubrirme los ojos con las manos, porque en mi estado febril creía ver también la mujer amarilla, con sus diamantes iluminados por la luz, sus ojos negros y su diabólica sonrisa

Una siniestra carcajada me hizo recordar mi triste situación.

Era Colliver, que se reía, mirándome con su perversa expresión.

- Me deleita contemplarle a usted, dijo. ¡Oh!, sí, esto es un bálsamo para mi alma. ¡Es usted mil veces tonto, por haber permitido que yo sobreviviera para triunfar así de la odiosa familia de los Trenoweth!

Y sacando de su bolsillo un libro muy mugriento, continuó después de una pausa:

- Ahora va usted a saberlo todo. ¡Mire usted!. Esto es un almanaque náutico. ¿Qué día es hoy? Estamos a 23 de diciembre, o más bien, es la mañana del 24, víspera de Navidad. En la noche de este día habrá plenilunio y bajamar en Falmouth a eso de las once y media. La casualidad no podía ser más oportuna. En algo menos de veinte y cuatro horas, uno de nosotros tendrá sus manos sobre el tesoro. ¿Quién será, usted o yo?

Harto sabía yo quién, y este pensamiento fué muy amargo para mí.

- ¡Alegre Navidad, Sr. Trenoweth, exclamó Colliver; y feliz día de Año Nuevo; ya no tendrá usted en el corazón tanta hiel como ahora. ¿Dónde piensa usted pasar las Pascuas, caballero? Yo me propongo ir al mar, y es probable que usted vaya también; pero se quedará dentro. Las aguas del Támesis se deslizan suavemente cuando arrastran algún cadá-

Cuando llegué al fin de la escalerilla volví la cabeza para mirar a la señora Luttre

ver... Mucho temo que no repiquen por usted las campanas, y que su novia se canse de esperarle... Si, ella y el diablo le aguardan a usted... ¿Quién le cogirá antes? Y a propósito, ¿no se llama Clara esa jo-

ven? ¡Pobre muchacha!.. Sus lindos ojos se enrojecerán a fuerza de llorar antes de que vuelvan a verle a usted. ¿Dónde estará usted entretanto. Sr. Jasper Trenoweth?

Colliver se interrumpió, como para saborear su sarcasmo; mas al oírle yo pronunciar el nombre de Clara, no pude reprimir más la violencia de mi cólera.

— ¡Bandido!, grité, creo que aunque yaciese entre las víctimas que has hecho en tu vida de crímenes, aunque estuviera tan muerto como mi padre, a quien asesinaste traidoramente a la vista de su casa, tan muerto como aquellos que sucumbieron bajo tus golpes en el *Buena Fortuna*, y como Juan Railton, a quien acuchillaste...

— ¡Alto ahí, Sr. Trenoweth!, exclamó Colliver; me complace ese arranque de cólera, y de buena gana le escucharía a usted un rato si no fuera porque me falta tiempo. Además, añadió, jugando con su cuchillo, no puedo permitirle que grite así; y debo recordarle que a las once y media de esta noche he de estar en la «Roca del Hombre muerto...»

— ¡Infame!, continué, puedes matarme; pero mientras tenga aliento denunciaré tus crímenes... ¡Arráncame la vida, como lo hiciste con mi pobre amigo Tomás, que recibió el golpe que me destinabas; arráncame la vida, como a la infeliz Clara, que por ti!..

— ¡Clara... muerta!, exclamó Colliver, retrocediendo un paso con expresión de asombro.

Casi en el mismo instante parecióme oír un gemido al otro lado del tabique del camarote; fijé la atención un momento, mas no percibí ya rumor alguno.

— Sí, continué, ella misma se dió muerte esta noche en el teatro. ¡Dios de Dios! ¿Crees tú que pueda ahora infundirme temor tu cuchillo, puesto que iba yo a precipitarme en el río para poner fin a mi existencia en el mismo instante en que oí tu voz? Subí a bordo con la intención de matarte, infame, y tan cierto como hay un Dios en el cielo, no hubiera tenido misericordia.

Otra vez percibí como un gemido detrás de mí; pero sin duda Colliver no oyó nada, pues tenía toda su atención fija en mí.

— Ni yo tampoco le haré a usted merced alguna, Sr. Trenoweth, repuso tranquilamente, pues he jurado no perdonar a ninguno de su familia; y sé que usted es el último descendiente; mas quiero que me escuche usted antes de morir, para que sepa qué tesoro es ése, y qué familia era la de los Trenoweth. ¡Perro!, las riquezas que yacen ocultas en la «Roca del Hombre muerto» son un tesoro maldito, manchado con la sangre de muchos hombres, tesoro adquirido por la más infame piratería en los altos mares, oro que costó la vida a muchos infelices, producto del saqueo de ricos buques, y del robo cometido sobre los cadáveres por aquel malvado, por aquel tigre que se llamaba Amós Trenoweth, el abuelo de usted. ¿No lo sospechaban sus descendientes? Yo se lo diré ahora:

«En el cielo y en el infierno debe haber muchas almas que gritan venganza contra los Trenoweth; pero la muerte de usted, esta misma noche, complace sobre todo a los manes de una de las víctimas. Usted sospechaba ya sin duda que su abuelo tenía crímenes sobre su conciencia, pero seguramente ignoraba el más negro de todos, el asesinato de su más querido amigo.

«Escuche usted... seré breve, mas no quiero privarme del placer de explicarle esto antes de que muera.

«Sepa usted que cuando su abuelo era rico, gracias a los favores de su amigo, y cuando con ayuda de éste tuvo el secreto del Gran Rubí, que durante muchos años ambicionó, dió muerte sin compasión al amigo a fin de guardar para sí toda la riqueza que aquella joya representaba.

«Y el padre de usted, que era un solemne tonto, como ya he dicho, escribió un *Diario* sobre todo esto, *Diario* que seguramente habrá leído usted una y otra vez. ¿No decía en esas páginas cómo le sorprendí en el Pico de Adam, sentado ante una tumba, y con la hebilla de oro en sus manos?

«La cabeza de piedra que allí hay fué tallada para representar toscamente las facciones del amigo asesinado, cuyos huesos yacen sepultados en la tumba inmediata; y en el mismo sitio en que sorprendí a Ezequiel Trenoweth, su padre, Amós Trenoweth, dió muerte al mío, Ralf Colliver.

«¡Ah!, parece que al fin se hace la luz en el duro cerebro de usted. Sí, pretendiendo proteger al anciano sacerdote, depositario del Rubí, asesinó a mi padre con el mismo cuchillo encontrado en el corazón de Ezequiel Trenoweth, y le asesinó a los ojos de su esposa, en aquel sendero de la montaña; y cuando mi pobre madre clamó venganza contra el bandido,

Amós la entregó por mofa el arma homicida, diciéndola que se sirviese de ella como mejor pudiera... ¡Ah! Mi madre guardó el cuchillo, y de ello tuvo usted una prueba. ¿No observó usted lo que estaba grabado en la hoja? ¡Ah! Para mí era un gran recuerdo aquel arma homicida, Sr. Trenoweth. Pero permítame usted continuar, que pronto llegaré al fin.

«No contento Amós con aquel crimen, indujo al anciano sacerdote, hábil escultor, a labrar una piedra figurando la cabeza del amigo sacrificado, y cuando estuvo concluida la obra, le asesinó también para apoderarse del Rubí, y sepultó los dos cadáveres en la misma tumba. He aquí lo que hizo Amós Trenoweth. ¿Está usted satisfecho de sus ascendientes?

«Yo no conocí nunca a mi padre, pues no nació hasta tres meses después de haber sucedido esto, y cuando mi madre me refirió los hechos, yo había cumplido ya diez años. El abuelo de usted hizo muy mal en despreciarla, porque era joven y hermosa, y hubo un tiempo en que Amós estuvo enamorado de ella. ¿Qué es ahora mi madre? Usted debe saberlo, puesto que la ha visto más de una vez.»

Al oír estas palabras, parecióme ver de nuevo el rostro amarillo, los ojos brillantes y la diabólica sonrisa de la mujer que profirió una carcajada al ver morir a Clarisa Lambert.

— ¡Ah!, continuó Colliver, la hermosura se pierde, pero el deseo de la venganza persiste, y esta noche quedará satisfecha mi sed insaciable. También deleitará a las almas de muchas víctimas, que deben complacerse al ver el cadáver de usted arrastrado por las aguas. El tiempo urge, y he de pasar ligeramente por lo que me resta decir. No necesito entrar en detalles sobre la educación que me dió mi madre, loca de dolor, ni decir cómo serví primeramente en la marina, a la cual reñuncié pronto para entrar de escribiente en el despacho de un procurador; pero durante aquellos años el deseo de la venganza no me abandonó un momento, y a no ser así, mi madre me lo habría recordado siempre.

«Precisamente, el procurador en cuya casa fui admitido era el de Amós Trenoweth, y allí tomé conocimiento de los asuntos de éste, mas sin que me fuera dado descubrir nada de las riquezas que había adquirido a costa de tanta sangre, si bien sabía que eran dignas de que las envidiase un rey. Cierta día vi entrar en el despacho al abuelo de usted, hombre de elevada estatura, de avanzada edad y pobremente vestido. ¡Oh, qué vivos deseos tuve de acercarme a él, cuando estaba sentado, para clavarle un puñal en el corazón! ¡Y qué poco sospechaba él que aquel joven de quien no hacía el menor aprecio exterminaría a todos sus descendientes, para heredar la riqueza adquirida a costa de la condenación de su alma!

«En aquella época me enamoré, y así en esto como en todas las demás cosas, tuve mala suerte; pero mi paciencia venció al fin. Lucía Luttrell amaba a otro hombre, llamado Juan Railton, que también era un tonto; pero se casó con él y tuvo una hija... Supongo que sabrá usted quién es...

— ¡Malvado!, grité, ya sé que era Juanita Railton Clara Luttrell; y tú asesinaste a su padre, así como Amós Trenoweth asesinó al tuyo.

— Precisamente, contestó Colliver con frialdad; no lo niego, así como tampoco que yo pervertí a ese hombre, hasta el punto de conseguir que clavara el cuchillo en el pecho de Ezequiel Trenoweth. Ya trató de hacerlo en Bombay y erró el golpe; pero estuvo más acertado en el botolón del *Buena Fortuna*. Yo lo hubiera hecho por mi mano, pero él estaba más cerca y le dejé mi cuchillo.

Al pronunciar Colliver estas últimas palabras parecióme otra vez oír un sollozo, pero toda mi atención se concentró después en mi enemigo, en cuyos ojos brillaba la cólera, por más que hablase con la mayor tranquilidad.

— Yo soy, continuó Colliver, quien robó la media hebilla al estúpido Ezequiel, que la dejó caer en el suelo de su camarote. Railton la cogió antes de que cayera herido de muerte, pero yo no sabía que él se hubiese apoderado de la caja, porque en aquel momento rompió una enorme ola contra nosotros, y ambos saltamos para ganar la roca. Yo creí que Railton habría sido arrojado mar adentro, pues yo mismo no me salvé sino por una casualidad; estaba muy oscuro, y no viéndola, llamé a gritos a mi compañero, mas no me oyó, o no quiso contestar. Poco después senté el pie en firme, y pensé que Railton había muerto; él también debió creerlo así, hasta que nos encontramos en la «Roca del Hombre muerto». Pronto concluyo, pues quiero que oiga usted toda la historia. Después de terminada la información sobre el naufragio, escapé a Plymouth,

dije a Lucía que su esposo se había ahogado en el mar, y por último la induje a salir de aquella ciudad para casarse conmigo. De este modo triunfé de ella también. ¡Oh!, he vencido en toda la línea.

— ¡Bandido!, exclamé.

— ¡Ah!, prosiguió Colliver, razón tiene usted para estar desesperado, tanto como yo satisfecho por haber llegado la hora de arreglar cuentas con el último Trenoweth. Tres veces le tuve a usted en mi poder, Sr. Jasper, y otras tantas le dejé escapar; una, en la «Roca del Hombre muerto», aquel día en que le cogí por el cuello; y a no ser por aquellos condenados pescadores, ya no hubiera usted podido contar. La segunda vez usted no supo qué cerca estaba de la muerte, aquella noche en que vió mi rostro a través de la ventana de su casa, pues tuve intenciones de entrar para matarle, y a su madre también. No lo hice porque pensé que tal vez supiera usted algo del secreto después de su entrevista con Railton...

— En efecto, repuse, si me hubiera usted dado muerte entonces, jamás habría puesto sus manos sobre esa hebilla.

— Pues por eso me felicito de haberme abstenido; y fué mejor proceder así, porque de este modo dejaba a la madre de usted tiempo para ver el cadáver de su esposo, y me reservaba el placer de matarle a usted ahora. Después me vi obligado a dejar el país por algún tiempo...

— Sí, repliqué, para cometer otra infamia, que la señora Luttrell descubrió.

— ¿Cómo sabe usted eso? ¡Ah!, sin duda se lo decía Clara. Cuando volví hice otra tentativa contra usted; pero mi maldita estrella me fué adversa, y aquel condenado amigo que le acompañaba me dejó sin sentido de un puñetazo. Vea usted la señal que me dejó en la mejilla.

— Sí, repuse; pero mire usted también la que su cuchillo hizo en la hebilla de oro.

— ¡Ah!, exclamó Colliver, ¿conque fué esto lo que le salvó a usted? Supongo que le parecería entonces una fortuna haberse librado; pero a decir verdad, más lo fué para mí, pues aunque cometiese un error en la noche de la niebla, pagué a su amigo el puñetazo de tal manera que no volverá a descargar otro. He sufrido muchos contratiempos; mas al fin se han realizado todos mis deseos. Debí matar a Ezequiel Trenoweth en el Pico de Adam...; no lo intenté porque era hombre robusto, estaba armado y el éxito habría sido muy dudoso. Sin embargo, no escapó, así como usted no escapará tampoco; y cuando pienso en la alegría que me causó saber que usted y Clara...

Por más que me avergonzase el pasado de Amós Trenoweth, pensaba que Colliver era también un infame, y no pude oírle pronunciar el nombre de Clara sin exasperarme de nuevo.

— ¡Asesino!, grité, basta ya; no quiero saber más de tus iniquidades; pero al oírte pronunciar el nombre de Clara, de cuya muerte eres causa también, no puedo menos de escupirte al rostro. ¡Ojalá que esas riquezas sean para ti tan malditas como lo fueron para mí! Y márame al punto, porque voy a gritar hasta que...

Antes de que pudiera concluir, Colliver cayó sobre mí y me cruzó la cara; después al oírme gritar, descargóme un violento golpe detrás de la oreja, y entonces me pareció que la lámpara del camarote despedía una llama de color de sangre; creí ver mil luces, y luego todo se desvaneció en la más profunda obscuridad; pero al mismo tiempo experimenté una sensación extraña, como si alguien me levantara del suelo y me sumergiera en un abismo...

XXII

EN QUE SE DICE CÓMO PUDE VENGARME AL FIN Y ENCONTRAR EL GRAN RUBÍ.

— ¡Hábleme usted... abra los ojos para que yo sepa al menos que está vivo!

A través de las sombras de la muerte llegaron a mi oído estas palabras; pero tan débiles, que parecían haberse pronunciado muy lejos de donde yo estaba, y abrí los ojos con la vaga idea de encontrarme en otro mundo; pero los cerré al punto otra vez, porque no vi más que un cielo de color agrisado, y a mi alrededor un espacio incoloro, en el que solamente se destacaba una sombra oscura. ¿Qué era aquello? ¿Cómo me hallaba allí? No pude resolver el problema, pues perdí de nuevo el conocimiento.

Ignoro cuánto tiempo transcurrió en tal estado.

Mas al fin oí de nuevo la voz que decía:

— ¡Aun esta vivo! ¡Si al menos pudiese hablar! Esta vez se entreabrieron mis párpados, y pude

fijarme más..., dos ojos, los de una mujer, me miraban atentamente. ¿Dónde había visto yo antes aquellas facciones? Tal vez en algún otro mundo. Y, no sé cómo, pensé que aquella mujer podía ser la señora Luttrell, o Clara... no, Clara no, porque había muerto... Debía ser su madre; pero ¿por qué circunstancias se hallaba junto a mí en aquel momento?

La mujer estaba arrodillada junto a mí, estrechábame las manos, y a intervalos me dirigía palabras consoladoras. ¡Qué blanco tenía el cabello!.. No lo era tanto la última vez que yo le había visto.

Poco después reconocí que me hallaba en el fondo de un bote, y eché de ver que me aquejaba un dolor agudo en la cabeza.

Los recuerdos volvían lentamente; y por extraño que parezca, la muerte de Clara en el teatro fué la primera cosa en que pensé.

Me incorporé apoyándome en un brazo, y al mismo tiempo sentía en las sienes unas punzadas intolerables. Las manos de la señora Luttrell abrasaban de tal modo las mías cuando me las estrechaba, que procuré retirarlas, fijando en ella una mirada suplicante.

Entonces observé que la mujer tenía descubierta la cabeza, y que su gorro pendía sobre la espalda sujeto por las cintas, atadas bajo la barba; la brisa agitaba su cabello, tan blanco como los copos de nieve que sobre él caían, y estaba tan pálida, que sus ojos azules parecían mucho más grandes, contrastando su color con la livida palidez de las mejillas.

— ¡Gracias a Dios que está usted vivo!, exclamó. ¿Le hace a usted daño el vendaje? ¿Puede usted moverse?

Apliqué lentamente mi mano a la cabeza, y reconocí que la tenía vendada con un pañuelo.

— Yo temí llegar demasiado tarde, dijo la señora Luttrell; y solamente Dios sabe cómo pude llegar al bote de usted oportunamente sin que él me viera. Ya sabía yo lo que trataba de hacer, porque estuve escuchando junto al camarote; pero temía que le matase a usted antes.

— Entonces... ¿habrá oído usted?

— Sí, todo. ¡Oh, si yo hubiera sido hombre!.. Pero ¿está usted mejor ahora? En tal caso no debemos perder tiempo.

Yo miré a la señora Luttrell con expresión de asombro.

— ¿No me comprende usted? Si le es posible andar, como yo espero, no se ha de perder ni un minuto, porque el día despuntará pronto, y es preciso que esta noche coja usted a ese hombre...

— ¡Cogerle!

— Sí, sí; él ha ido a tomar el primer tren que sale para Cornwall, y esta noche se hallará en la «Roca del Hombre muerto». ¡Vamos pronto... vea usted si puede levantarse!

Un poco reanimado, me incorporé del todo; el agua que goteaba de mi ropa había formado un charco en el fondo del bote, y en medio de él permanecía arrodillada la pobre mujer; a su lado vi un pesado cuchillo, y las cuerdas con que me había ligado Simón Colliver.

— Sí, dije, podré andar. ¿A qué hora sale el primer tren de Páddington?

— A las nueve y cuarto, y ahora son las cinco y media de la madrugada; de modo que tiene usted tiempo para alcanzarle, pero será necesario buscar un disfraz. Vamos, voy a conducirlo a usted a la orilla.

Así diciendo, la señora Luttrell desató la amarra, empuñó los remos, e hizo avanzar el bote con una rapidez que me causó asombro, pues no podía esperar tanto vigor en aquella mujer.

— No lo extrañe usted, dijo, como si adivinase mi pensamiento, pues mi primer esposo era marinero, y de él aprendí a remar. Sin mi fuerza, me habría sido imposible trasladarle a este bote.

— ¿Cómo pudo usted hacerlo?

— Apenas me sería posible explicarlo. Solamente sé que al oír un golpe en el agua comencé a buscar la embarcación al rededor de la goleta, y debí hacerlo muy silenciosamente. Al principio no vi nada a causa de la obscuridad; mas pedí al cielo fervorosamente que le protegiese a usted, y un momento después vi flotar un cuerpo. De un vigoroso empuje conseguí acercarme lo bastante para cogerle del cabello, y le icé a bordo; mas apenas recuerdo cómo lo conseguí.

— ¿Y no la vió a usted Colliver?

— No, porque había ido sin duda a buscar alguna cosa. Después oí que me llamaba, y como yo no contestase, oíle bajar a un bote y remar hacia la orilla. Pasó tan cerca de nosotros, que le oí murmurar algunas palabras, pero gracias a la obscuridad no me vió.

Siguióse una pausa, durante la cual el bote, impulsado con vigor, avanzó con bastante rapidez.

— Cuando ustedes se hallaban en el camarote, continuó la señora Luttrell, yo escuchaba atentamente, y hubo un momento en que me desmayé; pero debí recobrar pronto el sentido, porque les oí hablar de Juan Railton.

— ¿Y sabe usted que Clara?..

— Sí, ya lo sé, pero en mis ojos no hay lágrimas, porque me abraza el deseo de la venganza.

Apenas hubo dicho esto la señora Luttrell, el bote tocó en la orilla, junto a unos escalones de piedra, cubiertos de nieve en aquel momento, y mi compañera le amarró al punto.

— Por aquí ha ido él, murmuró; es preciso perseguirle sin tregua ni descanso, y no perdonar medio para que su muerte sea lo más dolorosa posible. ¡Quiero vengarme del asesino de mi hija!, añadió la señora Luttrell con un acento que revelaba la intensidad de su odio. ¿Tiene usted dinero?

Esa pregunta me hizo recordar que había dado a Bagnell cuanto poseía para que llevara mi bote al río; y también que en aquel sitio debía hallarse mi caja de estaño, la cual encontré en el mismo sitio en que la dejara.

— Tome usted este dinero, dijo la señora Luttrell; es la cantidad que me proponía dar a ese infame; aquí hay doscientos cincuenta duros en billetes de banco... guárdelo usted todo.

— ¿Pero y usted?, repuse, vacilando en aceptar la suma.

— ¡Oh!, dijo la pobre mujer con una calma que tenía algo de terrible, yo no necesito ya nada en este mundo... la única cosa que podría satisfacerme es la venganza...

— Pues al cielo pongo por testigo, contesté, inclinándome para besar la mano de la señora Luttrell, de que él o yo pereceremos en la demanda... ¡Uno de los dos no verá lucir el sol de mañana!

— ¡Mátele usted!, contestó la mujer con voz seca. Es lo único que podría halagarme antes de abandonar este mundo...

Al franquear los escalones de piedra observé que el día comenzaba a despuntar; en el horizonte del Este veíanse espesas nubes de color rojizo: el viento, penetrando entre mi ropa mojada, helábame las carnes; y a través de la densa niebla que cubría el río, los mástiles de los barcos parecían fantásticos esqueletos.

La tempestad de nieve no había cesado, y dos o tres copos me rozaron la cara. ¡Así amaneció para mí la víspera del día de Navidad!

Cuando llegué al fin de la escalerilla volví la cabeza para mirar a la señora Luttrell: estaba inmóvil en el mismo sitio, y al observar mi movimiento agitó los brazos gritando con voz ronca:

— ¡Mátele usted, mátele sin compasión!

Así dejé a la pobre mujer, y alejéme apresuradamente; pero entre las muchas visiones que me han acosado en mis días de soledad, no es la menos vívida la imagen de aquella infeliz, que con su cabello blanco, flotando a merced del viento en el silencioso río, gritaba a intervalos: «¡Mátele usted sin compasión!»

Después de atravesar un espacio cubierto de maderas viejas y restos de varias especies, divisé en la valla que cercaba aquel sitio una puertecilla desvencijada, abríla y me encontré en la calle.

No se veía un alma, porque era demasiado temprano, pero debía apresurarme a buscar ropa en alguna parte, pues mis pantalones estaban destrozados, mi camisa empapada en agua, y además iba descalzo.

Aunque apenas rayaba el día, no eran mis pies los primeros que dejaban sus huellas en la nieve; otros me habían precedido, y vi las señales casi borradas: debían ser las de Simón Colliver, y las seguí en el espacio de unos cien metros hasta la puerta de una tienda.

Vi que esta última estaba cerrada, pero a través de la rendija de la puerta vi brillar una luz, y en su consecuencia llamé.

Después de hacerme esperar un rato abríla al fin un hombre de mala traza, que al verme hizo un ademán de asombro.

— ¿Qué se ofrece?, preguntó después de mirarme de pies a cabeza.

— Necesito comprar alguna ropa, contesté; he tenido la desgracia de caerme en el río.

Murmurando algunas palabras que yo no comprendí, el hombre, que era un traperero, según había podido reconocer yo por la muestra de la tienda, abrió la puerta del todo y dejéme entrar.

La escasa luz de una vela de sebo difundía una vaga claridad en aquel reducido espacio, donde vi confusamente amontonada algunas ropas, sartenes,

cacerolas, vajilla vieja, y otros muchos efectos de los que se suelen encontrar en semejantes sitios.

En una jaula pendiente del techo me llamó la atención un loro disecado, y detrás del mostrador un espantoso ídolo chino, que enseñaba la lengua con expresión maligna; mas pronto dejé de mirar esto para fijar la vista en un objeto brillante que estaba sobre una mesa.

— ¡Era mi reloj!

El prendero, siguiendo la dirección de mi mirada, cogió al punto el reloj, observándome con desconfianza, y ya iba a guardarlo en un cajón, cuando le detuve el brazo, diciendo:

— ¿Dónde adquirió usted ese reloj?

— Se lo he comprado a un caballero que estuvo aquí hace poco y no quiso empeñarlo. Juro que es la pura verdad. Yo creí que era suyo, y no tuve inconveniente en hacerlo; pero si usted pertenece a la policía...

— Poco a poco, repuse, yo no soy de la policía, y por lo tanto no debe usted inquietarse; pero ese reloj es mío, y para probarlo, si usted no lo cree, puedo decirle el número.

El prendero me presentó el reloj, al parecer muy atemorizado aún.

— Puede usted examinarlo, caballero, dijo, pues por nada en el mundo quisiera que...

— ¿Cuánto ha dado usted por él?

El hombre vaciló un momento, y contestóme al fin:

— Setenta y cinco duros, caballero, y el vendedor no quiso rebajar ni un céntimo. Le juro a usted que entregué setenta y cinco buenos duros en moneda contante y sonante.

Aunque comprendí que el hombre mentía, saqué de mi bolsillo tres billetes de veinticinco duros, los puse sobre la mesa, y guardé mi reloj.

— Ahora, dije, necesito que me venda usted un traje completo y que me ayude a disfrazarme. De lo contrario...

— No hable usted más, caballero. Me alegraré mucho que coja usted al ladrón. Aquí puede elegir las prendas que quiera; casi todas son de marinero, pero también hay otras. En cuanto a disfraces, me lisonjeo de que para transformar una cara no hay quien me...

— ¿Cuánto tiempo hace que se ha ido ese hombre?, interrumpí.

— Como una media hora antes de que usted llegase, pero sin duda sabrá dónde encontrarlo. Yo no necesito más de veinte minutos para arreglarle a usted.

Menos de media hora después salí a la calle tan completamente transformado, que no me hubiera reconocido el que me hubiese visto antes.

Llevaba un traje de marinero; mi rostro pálido tenía un color bronceado, y una espesa barba rubia completaba el disfraz.

Ya no observé las huellas de Colliver, pero tampoco las necesitaba, pues sabía muy bien, que iría a Páddington, y en su consecuencia tomé esta dirección.

El ejercicio suavizó un poco mis rígidos miembros, tanto que apenas sentí ya el dolor producido por las cuerdas que habían cortado mis carnes.

Aun nevaba mucho; mas avanzando siempre con paso rápido, pronto di vista a la gran cúpula de San Pablo y a la Torre de Londres, y no tardé en llegar a la ciudad.

Estimulábame el desco de la venganza, y recordando a cada momento el grito de la señora Luttrell, repetíame a intervalos: «¡Esta noche, esta noche será el duelo a muerte!»

De improviso oí a mi espalda el rumor de las ruedas de un coche; era demasiado temprano aún para que circulase ninguno, y como volviese la cabeza para mirar, un vehículo pasó rápidamente por delante de mí, aunque no tanto que no me permitiese ver los ojos negros de mi enemigo.

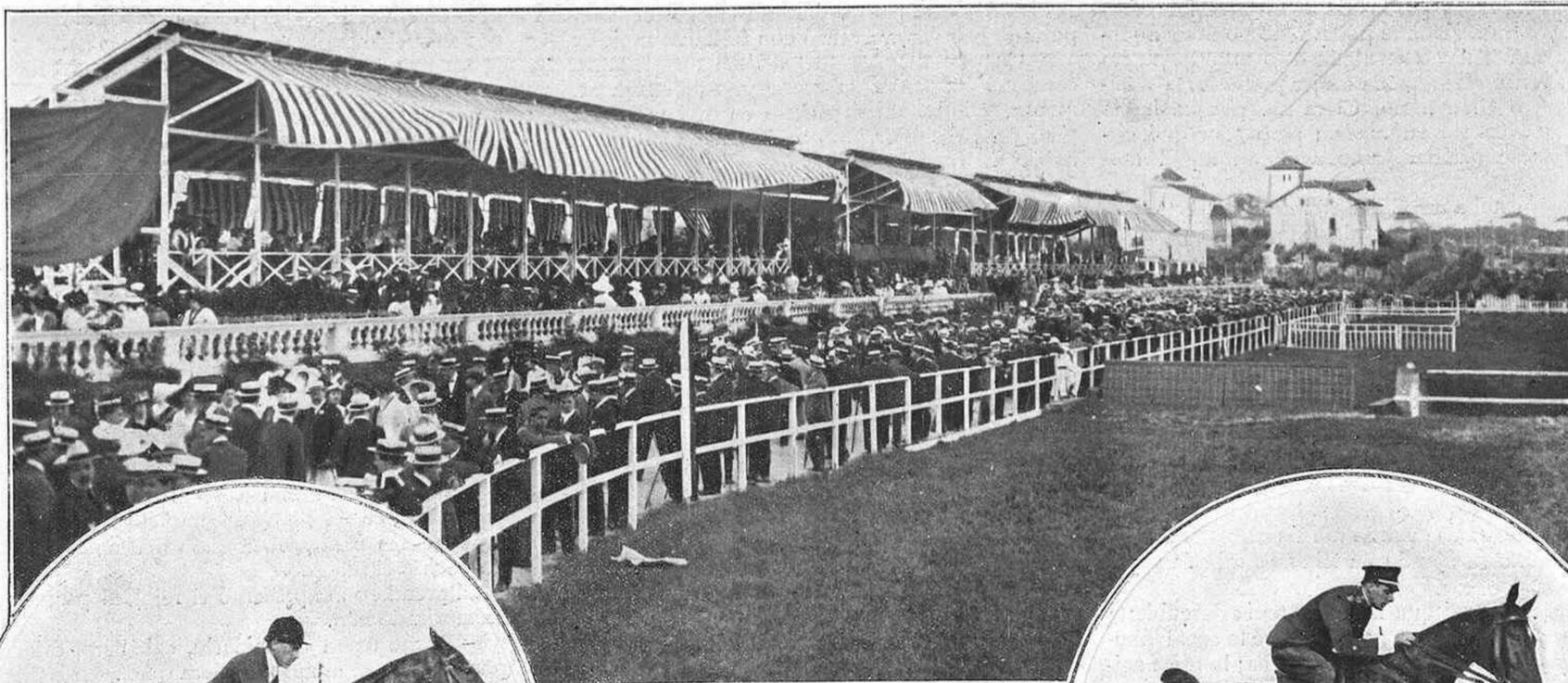
Colliver iba también disfrazado, sin duda por las mismas manos que transformaron mi persona.

Antes de llegar a Páddington encontré el mismo coche, que volvía vacío; mas al llegar a la estación, ya no vi a mi hombre. Sin embargo, a los dos o tres minutos, al acercarme a un grupo de personas que esperaban, divisé a Colliver en una extremidad de la sala de espera, paseándose de un lado a otro, al parecer con impaciencia.

Me senté en un banco, y aparentando que dormía, observé silenciosamente.

Una o dos veces, Colliver pasó tan cerca de mí, que hube de retirar el banco para que no me tocara las rodillas; pero no me vió. Sin duda pensaba que yo servía ya de pasto a los peces en el fondo del Támesis.

(Se continua d.)



Vendeen, propiedad del duque de Andria, montado por D. Pedro G. Goyoaga, que ha ganado varios premios



La Fornarina, propiedad de D. José Ciudad, montado por D. Antonio Cañero, que ha ganado varios premios

Barcelona. Concurso hipico

Aspecto de las tribunas y del paseo

duque de Andria, montado por D. Pedro G. Goyoaga; segundo, *Erguel*, de D. José García Sol, montado por el señor Goyoaga; tercero, *Cotorra*, de don Jaime Sol, montado por el Sr. Goyoaga; cuarto, *Vagido*, del capitán Sr. Solano; quinto, *Trifinus Melancólicus*, de don Antonio Cañero; sexto, *La Fornarina*, de D. José Ciudad, montado por el señor Cañero; séptimo, *Tragazón*, del capitán Sr. Llach; octavo *Saya*, del duque de la Victoria, montado por el capitán Sr. Febrel; noveno, *Bullanga*, del capitán Sr. Martitegui; y décimo, *Maimón*, del ya citado profesor de equitación Sr. Cañero.

Copa Barcelona. - Primer premio, *Cotorra*, montado por el Sr. Goyoaga; segundo, *Trifinus Melancólicus*, del Sr. Cañero; tercero, *Vendeen*, montado por el Sr. Goyoaga; cuarto, *La Mage*, de D. Manuel Bofill; quinto, *La Fornarina*, montado por el señor Cañero; sexto, *Bullanga*, del Sr. Martitegui; séptimo, *La Ina*, del teniente Sr. Moreno; octavo, *Maimón*, del Sr. Cañero; noveno, *Erguel*, montado por el Sr. Goyoaga; y décimo, *Camellero*, del teniente Sr. Bourbon.

Gran prueba de honor. Premios de la familia Real. - Copa de Su Majestad el Rey, *Vixen*, montado por el Sr. Febrel; Copa de S. A. la Infanta D.^a Isabel, *Vendeen*, montado por el Sr. Goyoaga; Copa de S. A. el Infante don Fernando, *Erguel*, montado por el Sr. Goyoaga; Copa de Sus Altezas los Infantes D. Carlos y D.^a Luisa, *Ruiseñada*, propiedad del Sr. barón de Güell, montado por el Sr. Cañero.

Campeonato de altura. - Primer premio, *Vendeen*; segundo, *Erguel*, montados ambos por el señor Goyoaga.

Premio Nacional. - Primer premio, *Saya*, montado por el señor Febrel; segundo, *Frecuentado*, del capitán Sr. Solano; tercero, *Tragazón*, del capitán Sr. Llach; cuarto, *Pajarón*, del teniente Sr. Betancourt; y quinto, *Pavonado*, del teniente Sr. Sans.

Prueba Barón de Benimuslem. - Primer premio, *Vendeen*, montado por el Sr. Goyoaga; segundo, *La Fornarina*, montado por el Sr. Cañero; tercero, *Erguel*, montado por el Sr. Goyoaga; y cuarto, *Cotorra*, montado por el Sr. Goyoaga.

Además de multitud de aparatos, figuran en esta exposición los 86 carteles presentados en el concurso abierto y de los cuales obtuvieron los dos primeros premios los de los Sres. Galí y Cartes que adjuntos reproducimos.

Al acto inaugural de la exposición asistieron el Sr. Prat de la Riba, varios diputados provinciales, el inspector provincial de Sanidad Dr. Trallero, el doctor Comenge, en representación del alcalde, el doctor Durán por el Instituto Médico-farmacéutico, el Dr. Presta por la Academia de Higiene de Cataluña,

ACTUALIDADES BARCELONESAS

Con mucha animación y suma brillantez se han celebrado las pruebas del Concurso Hipico organizado por la aristocrática sociedad Real Polo Jockey Club. En los palcos y en las tribunas, que ofrecían magnífico aspecto, hubo todos los días numerosa y distinguida concurrencia en la que figuraban las damas y señoritas de nuestra más alta sociedad elegantemente ataviadas y nuestros más conocidos *sportmen*.

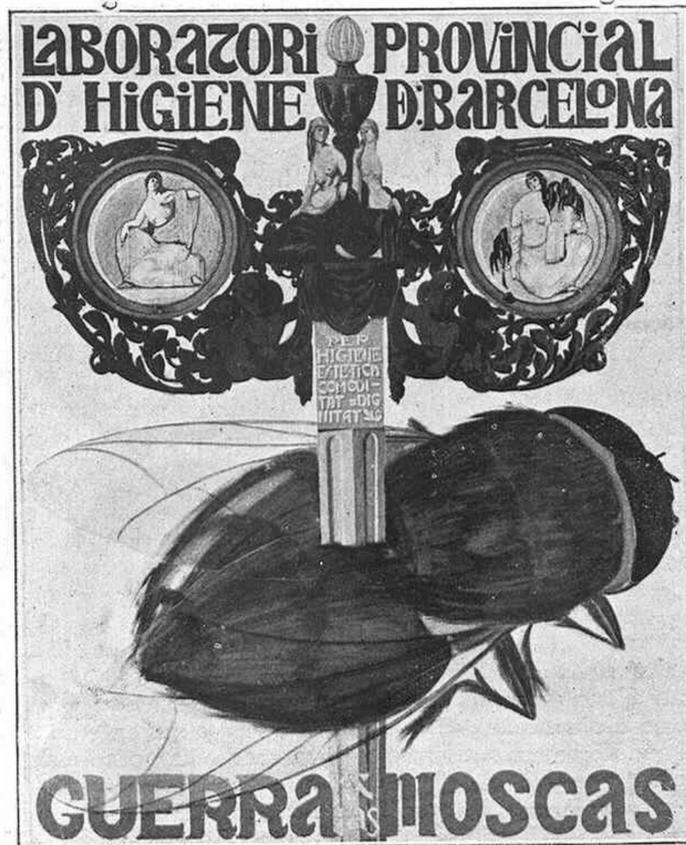


Cartel original de D. Francisco Galí, que ha obtenido el primer premio en el concurso de la lucha contra las moscas organizado por el Instituto Provincial de Higiene.

Los resultados de las principales carreras han sido los siguientes:

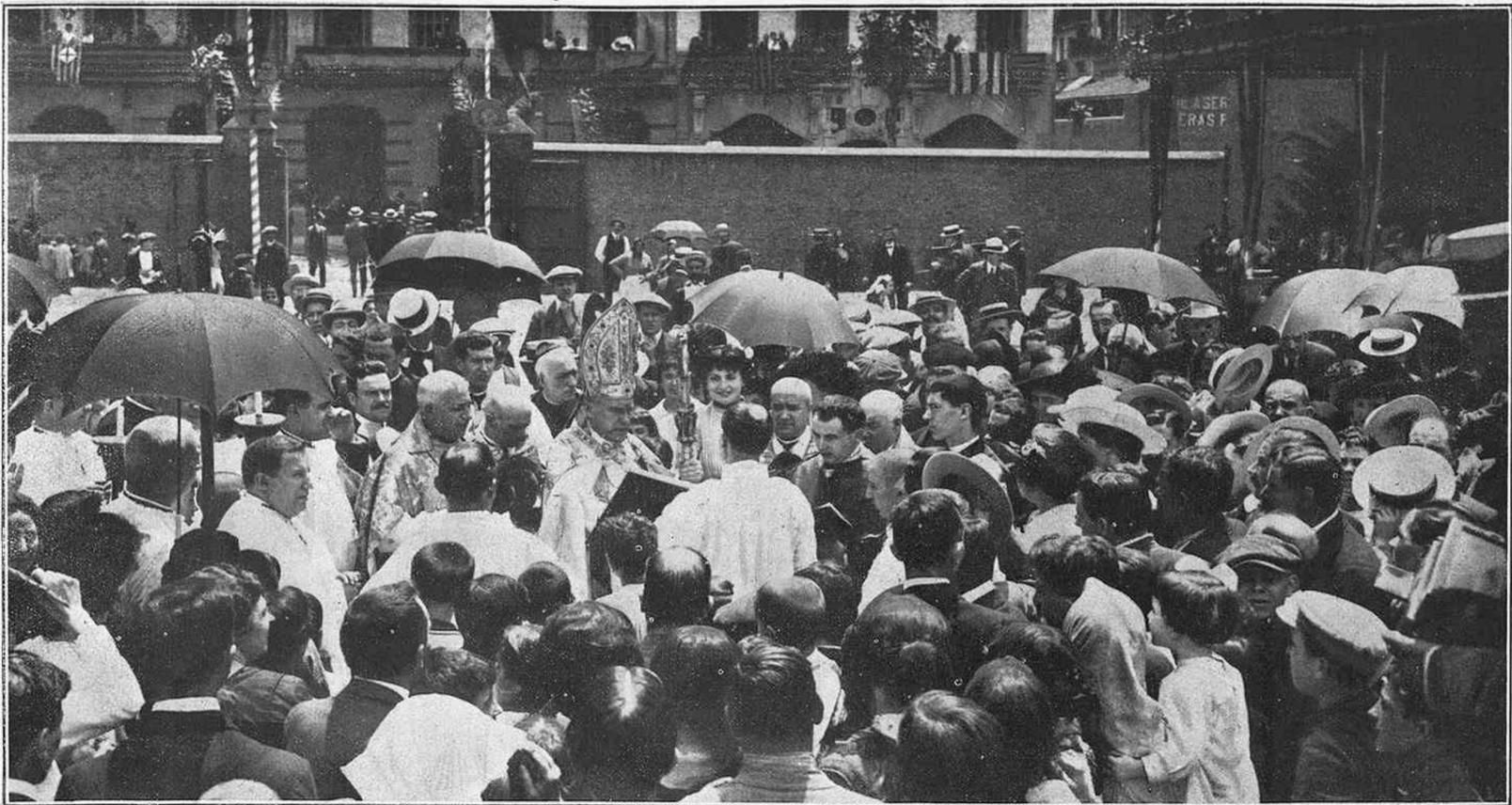
Prueba Omnium. - Primer premio, *Vendeen*, del

En uno de los salones del palacio de la Generalidad de Cataluña se celebra actualmente una interesante exposición de aparatos para la extinción de las moscas organizada por el Laboratorio provincial de Higiene.



Cartel original de D. Roberto Cartes, que ha obtenido el segundo premio en el concurso de la lucha contra las moscas organizado por el Instituto Provincial de Higiene.

el Dr. Puig y Sais por la Academia y Laboratorio de Ciencias médicas de Cataluña, el Dr. Puigpiqué por la Junta de Sanidad, y otras personalidades.



Barcelona. - Colocación de la primera piedra del nuevo templo dedicado al glorioso taumaturgo barcelonés San José Oriol. El Ilmo. Sr. obispo Dr. Reig bendiciendo la primera piedra. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

Con gran solemnidad efectuóse el día 27 del mes próximo pasado la ceremonia de colocación de la primera piedra del nuevo templo que la piedad de los barceloneses dedica al glorioso taumaturgo, hijo de esta ciudad, San José Oriol, y que ha de edificarse en un amplio solar situado en la calle de la Diputación, entre las de Urgel y Villarroel.

El perímetro que en dicho solar ha de ocupar el nuevo templo estaba delimitado por altos mástiles que ostentaban la cruz de San Jorge y las barras catalanas, y en los que ondeaban banderas nacionales y regionales. En una espaciosa tribuna hallábanse las señoritas Josefina Juliá, Dolores y María de Sentmenat, Luisa Bonet, Carmen Ferrer, Anita y Magdalena Simón, Mercedes y Reyes Bosch y Alsina, María Castillo, Dolores Albó y Mercedes Junoy, que formaron la Junta auxiliar para la construcción de la iglesia parroquial del Carmen y a quienes se ha designado para constituir también la Junta auxiliar para construir la de San José Oriol. Había también en ella el arquitecto D. Enrique Sagnier, autor de los planos del nuevo templo, el maestro de obras D. Francisco Riera, el notario D. Joaquín Dalmau, el Rdo. cura párroco de Santa Ana, como presidente del Colegio de Párrocos, y el Secretario de cámara y canónigo arcepreste Dr. Muñoz, así como los señores propuestos para formar la Junta de obra de la nueva construcción.

El solar en que ha de levantarse la iglesia y que fué cedido por la distin-

guida y malograda señora Modolell, tiene una superficie de 100.000 palmos cuadrados, de los que sólo se edificarán 35.000, entre templo y escuelas. El templo es de estilo románico, de estructura elegante, coronando las partes altas varias cúpulas, la mayor de las cuales corresponde al crucero.

El obispo Dr. Reig, a quien acompañaban el deán Dr. Almera, el arcediano Dr. Casañas, el vicario general y canónigo doctoral Dr. Palmarola, y los canónigos Dres. Bruguera y Cararach, revistióse con los ornamentos sagrados, y precedido de la cruz alzada y del clero de la parroquia de Santa Madrona, que entonaba los salmos del ritual, procedió a la bendición de la primera piedra, que seguidamente fué colocada en su sitio, echando sobre ella la primera paletada de argamasa el Dr. Reig.

Después que hubo bendecido el terreno, el prelado pronunció un hermoso discurso explicando la doble finalidad del nuevo templo, que tiene por objeto no sólo enaltecer y honrar al preclaro hijo de esta ciudad que fué objeto de la predilección y de los más singulares dones divinos, sino también proporcionar hogar religioso a muchos millares de habitantes de esta inmensa urbe que hoy se encuentran a distancia tal de las parroquias a que pertenecen, que necesitan toda la intensidad de la fe y de la piedad para cumplir con sus deberes religiosos; y manifestando la confianza de que el clero y los fieles ayudarán con sus limosnas a que sea pronto un hecho la construcción de esta iglesia.

¿Mi secreto?
¡Aquí está!

Ehrmann.

«APLEC» VALENCIANISTA CELEBRADO EN EL MONASTERIO DEL PUIG (VALENCIA)



Hermosas huertanas del Puig recitando poesías delante de la «Senyera». (De fotografía de C. Barberá Masip.)

Hace poco más de dos meses, el diario *La voz de Valencia* publicó un vibrante y patriótico artículo de su director, el diputado provincial D. Juan Pérez Lucía, lamentándose del estado de abandono en que se encuentra el histórico monasterio del Puig, recordando las glorias de aquel monumento, cuna de la constitución político-social de Valencia y baluarte desde donde el gran conquistador Jaime I preparó y logró la rendición de aquella ciudad, y excitando a todos los organismos valencianistas y a todas las sociedades de cultura a concurrir a un *aplec* o asamblea, de carácter puramente patriótico, que se celebraría en el Puig y cuyo objeto sería escogitar los medios más adecuados para la pronta restauración del monasterio. El *aplec* se efectuó el día 20 del próximo pasado junio y a él concurrieron más de diez mil personas, estando representa-

dos más de doscientos ayuntamientos de la región, cerca de mil entidades sociales, obispos, senadores, diputados a Cortes, autoridades locales y provinciales, hombres de ciencia, literatos, artistas, etc. Por la mañana hubo en el Puig solemnes funciones religiosas y por la tarde todo el pueblo y los innumerables forasteros que de las poblaciones cercanas allí habían acudido, trasladáronse a la estación a recibir a los expedicionarios procedentes de Valencia, entre los que figuraban el arzobispo Dr. Menéndez Conde, acompañado de varios canónigos, el alcalde Sr. Mestre con el Ayuntamiento en corporación, el presidente de la Diputación provincial, Sr. Polo de Bernabé, con una nutrida representación de la misma, la sociedad *Rat Penat* y gran número de otras sociedades y corporaciones. El Ayuntamiento era portador de la gloriosa *Senyera*

de Jaime I el Conquistador. Al descender del tren las autoridades con el pendón de la Reconquista, dos bandas de música tocaron la *Marcha Real* y el público inmenso prorrumpió en estruendosos aplausos y ensordecedores vivas. Cuatro hermosas señoritas vestidas de huertanas recitaron sendas poesías.

Desde la estación trasladóse la comitiva al monasterio del Puig en donde se celebró el *aplec* en el que pronunciaron elocuentes y patrióticos discursos el alcalde de Valencia, D. Francisco Cantó, presidente de *Lo Rat Penat*, D. José M.^a Bayarri, en nombre de la *Juventut Valencianista*, el Sr. Bofill y Matas, D. Faustino Barberá, D. Gregorio Sabater, en representación del pueblo del Puig, D. Juan Pérez Lucía, el señor Polo de Bernabé, y el arzobispo de Valencia.

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos sexuales, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida a la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

PARA CURAR SIN MOLESTIA CALLOS Y DUREZAS CALICIDA ESCRIVA ES EL ÚNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

data de 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Póne y conserva el cutis limpio y terso
 Casa CANDÈS - St-Denis, 16

AVISO A LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ta} G. SEGUIN - PARIS 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA
 SAVONAROLA - LUTERO - CALVINO - SAN IGNACIO DE LOYOLA
 POR D. EMILIO CASTELAR
 Esta obra, ilustrada con láminas en colores y grabados en acero, consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadrados con hermosas tapas alegóricas, y se vende al precio de 120 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales, en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

HIPOFOSFITOS SALUD
 COMBATE ANEMIA ESCROFULISMO NEURASTENIA INAPETENCIA

ANEMIA Debilidad Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Curadas por el más activo y económico, el único inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN